

El ayer caminando va conmigo

Tú sólo en mi pensar, leve tormento
como rizo de brisa en lenta ola;
tú despiertas la dulce caracola
de un ayer ya marchito y sin lamento.

Un ayer marchitado, pero vivo
en la cárcel sin rejas del tormento;
un vivir y añorar siempre contento
por los vagos caminos del olvido.

¡Qué sufrir y anhelar gozando amigo,
qué consorcio de amor y dulce pena
conjugo contemplando mi pasado;

el ayer caminando va conmigo,
y gozando al recuerdo me condena
para vivir en él, siempre varado.

J. RAMOS APARICIO

Arroyo de la Luz, Agosto 1968.

ERASE UN RELOJ...

Por MERCEDES GARCIA-CAMINO BURGOS
Estudiante de Filosofía y Letras en Salamanca

Era un reloj; un dorado reloj lleno de adornos y filigranas. No era como los demás; tenía unos grandes ojos negros que se movían al ritmo de mi tic-tac. Mis manecillas eran mis brazos y mis piernas eran dos columnas retorcidas. Estaba colocado en la entrada de la casa, sobre una vieja consola de caoba, una de esas eternas mesas que hay en todas las casas. En la habitación donde me encontraba solía reinar la penumbra y la iluminaba una araña llena de bombillas. Sobre la consola había varios objetos de los que era compañero.

Había dos candelabros altos, esbeltos, que miraban orgullosos por entre sus bocas negras. A mí, personalmente, no me gustaban. La razón era que yo les tenía miedo; me parecían esos negros árboles de las tormentas: oscuros fantasmas que aparecen en las casas antiguas y abandonadas.

Otro de los objetos era un chino. Un chino bajo y tripudo. Su fina tez amarilla sonreía siempre con un gesto absurdo. Tenía largos bigotes y unas trenzas más largas aún. Sus pequeños pies apenas se le veían bajo sus ropas. Era un poco cascarrabias y, además de nuestra diferencia de nacionalidad, él chino, yo suizo, nuestras disputas eran frecuentes. El se empeñaba en tirar de mis manecillas y yo de sus bigotes. El resultado fácilmente podéis imaginarlo.

Los últimos habitantes de la consola eran dos figurillas de porcelana: ella frágil, pálida, sentada sobre una banqueta y con un abanico semiabierto sobre su falda; él, apuesto, orgulloso, de apostura bizarra. Tenía la mano apoyada en el pomo de la espada. Eran muy simpáticos y yo muy amigo de ellos. Se querían, pero su postura les obligaba a estar todo el día sin mirarse. Sólo al llegar la noche... ¡Ah!; pero esto lo contaré más tarde.

Os diré con toda sinceridad que soy un reloj muy mal educado: marco las horas a mi gusto, las alargo o las acorto según mi deseo.